

CATEQUESIS DEL AMOR

A. GABILONDO - R. L. GARCIA

Con frecuencia nuestra postura ante mil hechos, circunstancias e incluso realidades, está rodeada de una cortina de prejuicios que nos impiden acercarnos a su «meollo», que en definitiva es lo decisivo.

Tal vez alguno de nosotros haya de reconocer que ha recibido una inconsciente o incluso consciente invitación de no leer o censurar un libro o un folleto, de no interesarse por una organización, porque en ellos hay algo que «huele» a devoción al Corazón de Cristo.

El mundo corre demasiado para que todas estas personas se «detengan» y replanteen su postura. Se precisa una motivación exterior que les impulse, que les acorrale en el callejón de sus ideas.

Lo cierto es que este año 1969, vivimos un hecho que puede ayudarnos a responder con sinceridad a nuestras «definitivas» posiciones. Hace 50 años España se consagró al Sagrado Corazón y es una realidad que nos obliga a un replanteamiento sincero del lugar del culto al Corazón de Cristo en la Iglesia de hoy. El Episcopado español invita a reflexionar, a preguntarnos con sinceridad si personalmente esta visión sintética del cristianismo nos impulsa a amar más. Para ello se precisa un conocimiento de las líneas actuales de fuerza de este culto, una apertura a sus nuevas visiones y orientaciones.

La Conferencia Episcopal en su VIII Asamblea plenaria acordó profundizar en el estudio y difusión de la doctrina y culto al

Corazón de Cristo. Se ha elaborado un programa a escala nacional. Con este fin se han editado tres folletos:

Yo soy el camino; 5 guiones de conferencias.

Muéstranos tu Corazón; 7 esquemas de catecismos.

Venid a mí todos; 7 Celebraciones de la Palabra de Dios.

Para presentar una nueva visión del culto al Corazón de Cristo se han publicado los siguientes libros elaborados por los Hermanos del Sagrado Corazón:

— *Nueva luz*, Ed. Cor Jesu (Maldonado, 1. Madrid-6), 1968, 248 p.

Se trata de una síntesis teológico-pastoral del culto al Corazón de Cristo, a la luz del Vaticano II.

«Este culto es una LUZ NUEVA, una llama viva que demuestra el infinito amor de Cristo, como una nueva época de gozo» (Juan XXIII, 17-X-62).

— *Enséñanos amar*, Mensajero, Bilbao (Apartado 73), 1969, 82 pp.

Es un catecismo del Sagrado Corazón estructurado siguiendo los pasos de la Historia de la Salvación. De gran formato y con cien fotos a todo color, ofrece una presentación muy actual y sugestiva.

«Aquí no encontrarás la 'receta' contra tus problemas y los del mundo que te rodea, que como sabes, son también tuyos.

Este libro te ayudará a recordar que el amor nunca pasa de moda. Sentirás ansias de llegar a todos y te encontrarás con tus fallos y limitaciones. Pero no estás solo. Caminas con todos y Dios te quiere con lo mejor de su Corazón.

Tu vida toda: alegrías, penas, trabajos, diversiones... está recibiendo la llamada al amor.

En estas páginas se insinúan los 'secretillos' de Dios y, desde ahora, son un fracaso si a través de ellas no te entusiasmas por el Corazón de Cristo» (Prólogo).

— *Mes del Corazón de Cristo*, Mensajero, Bilbao, 1969, 183 p.

Conjunto de treinta acabadas celebraciones de la Palabra de Dios. Este libro nos procura material de trabajo para el mes de

junio, así como para las fiestas de Cristo durante el año litúrgico. Nos ofrece una presentación del lugar que el culto al Corazón de Jesús ocupa en la Biblia y en la Liturgia de hoy.

De manera especial impresiona el Catecismo del Amor de Cristo y del amor del hombre, o como llaman sus autores Catecismo del Sagrado Corazón. Está realizado con una técnica catequística de primera línea y viene a incorporarse al esfuerzo notable de renovación en la educación de la fe que tan benéfica-mente recorre España.

CRÍTICAS CONSTRUCTIVAS

Sería cerrar los ojos ante la realidad, el ignorar el descrédito de este culto en algunos de los sectores más comprometidos de la Iglesia. Se trata, según ellos, de una reliquia del pasado condenada a morir. No faltan quienes se escandalizan de esta visión, pero hemos de reconocer que esta crítica tiene gran parte de verdad.

El hecho de haber sido un culto muy popular durante muchos años hizo que quedara estrechamente vinculado a ciertas imágenes y cantos. Hoy no faltan quienes incluso lo identifican a estas manifestaciones plásticas o musicales trasnochadas y pasadas de moda, así como a una serie de prácticas residuo del sentimentalismo de siglos pasados.

La Iglesia camina, evoluciona, «busca su sitio». En el compás de los tiempos su presencia es activa. Uno de los métodos más eficaces para matar una realidad dinámica es estancarla. Por ello podemos afirmar que hacen más daño aquellos que impiden la evolución del culto al Corazón de Cristo que quienes lo critican, pues éstos, aun quizás sin quererlo, obligan a un radical replanteamiento de la teoría, a un repaso profundo de lo accidental y a una lucha sincera por encontrar el puesto de este culto en el hoy de la Iglesia.

No se trata de «tirar» este culto y después caminar satisfechos por haber sido «fiel a los signos de los tiempos», sino de enfrentarnos con una realidad que hasta hoy ha avanzado con la Iglesia, o mejor, en ella. El dilema no es: «nos vale» y la aceptamos o «no nos vale» y por tanto la rechazamos. Hay que buscar lo radical y no temer el desprendernos de lo accidental, a lo que quizás hemos hecho demasiado esencial. Es muy probable que

este culto, en muchos de los aspectos considerados hasta ahora, esté destinado a la muerte, pero esto no debe inducirnos a una condena de lo decisivo de la devoción al Corazón de Cristo, que hoy como en el pasado tiene algo que decir al mundo.

LINEAS DE FUERZA

El cristianismo se nos presenta en una primera visión como un cúmulo de verdades que nos desbordan a la hora de encontrar una motivación en nuestro actuar. El hombre busca una síntesis que oriente su vida, que dé sentido a su actividad. Como resultado de esta búsqueda se nos ofrece un sin fin de presentaciones como compendios del cristianismo.

Aún sin pretender desvincular esta realidad de todo subjetivismo, es importante ofrecer al hombre de hoy un resumen que esté de acuerdo con el mensaje central de la revelación. San Juan nos presenta el cristianismo compendiado con sencillez y profundidad afirmando que «DIOS ES AMOR».

Pero con frecuencia es una limitación la incapacidad del lenguaje humano para expresar la verdad que desearía. Sentimos que algo se nos escapa, todo nos aparece empobrecido, nos encontramos ante la imposibilidad de manifestar nuestros sentimientos, gestipulamos..., pero nuestra realidad aún queda lejos. Entonces nace el símbolo. Por él y con él el hombre llega más allá de sus palabras, le evoca todo un «mundo» inexpresable.

El CORAZON DE CRISTO es uno de los símbolos que la Iglesia nos presenta como expresión de esa síntesis del cristianismo que nos ofrece San Juan.

El signo del amor.

Cuando hablamos de que Cristo toma un corazón de carne, esta realidad se nos presenta con una gran riqueza teológica e incluso comprensiva. El se hace como uno de nosotros: comparte nuestro sol, nuestra fatiga, vive en nuestra tierra, come nuestro pan, desea, piensa, se entristece, sueña, ama, llora... El Evangelio nos ofrece la riqueza de este corazón. Realmente Cristo se encarna y comparte la condición humana.

No podemos identificar, como algunas veces se ha hecho, amor y corazón, ya que éste puede cerrarse a aquél. Cuando decimos

que el culto al Sagrado Corazón no es sino el «culto al amor», no es algo analítico-conceptual, sino una experiencia de la Historia de la Salvación. En Cristo experimentamos a un Dios que nos perdona, que nos es cercano, que nos ama. Por el contacto con el corazón de Cristo experimentamos que Dios es Amor.

El corazón representa el centro íntimo de la persona. Ahora bien, el corazón fisiológico es el símbolo natural más adecuado y psicológicamente el más accesible del «núcleo central anímico-corporal del hombre total». Es símbolo natural, pero no una representación completa ya que «corazón de carne» no agota todo el contenido de la palabra «corazón».

Este corazón se nos presenta herido, *traspasado*, roto. Es la muestra de una humanidad entregada por completo. Aquellos sentimientos y deseos de que hablábamos al profundizar en el significado de la palabra «corazón» no permanecen encerrados, no son un tema de satisfacción sentimental, sino que se abren al mundo y a los hombres. No se trata de un amor «de color rosa», se trata de la entrega de una vida. Es la imagen de la caridad con la que Dios ofrece a su único Hijo; es el símbolo de la Redención.

La *sangre y agua* que brotan del corazón abierto de Cristo han sido considerados por la Tradición como símbolo del don del Espíritu, de la Iglesia, de los sacramentos. Jesús nos abre su corazón, nos da lo mejor que tiene, lo que necesitamos para ser felices: su vida misma.

Siendo el culto al Corazón de Jesús eminentemente cristológico tiene una marcada dimensión trinitaria.

Viendo a Cristo muerto en la cruz, con el corazón abierto por la lanza nos damos cuenta:

del amor del Padre que nos envía a su Hijo;

del amor de Cristo, que, hecho hombre, me ama y se entrega por mí;

del amor del Espíritu Santo, que se derrama en nuestros corazones.

Algunos equiparan esta devoción a otras que la Iglesia ofrece, pero no podemos colocar en un mismo plano unas visiones parciales del cristianismo, con el culto al Corazón de Cristo, como síntesis sencilla y total de él.

Respuesta al amor.

Esta presentación del amor de Dios exige, por parte del hombre, una respuesta. El cristiano no puede permanecer indiferente ante la visión de Cristo entregando hasta la última gota de su sangre. El culto al Corazón de Jesús, en cualquier forma de respuesta, debé estar animado de un doble espíritu:

- *fe en el amor de Dios*; aceptación de las consecuencias de este amor en nuestra vida;
- *amor a los hermanos*; si Cristo dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los demás.

Esta respuesta se ha presentado en el culto al Corazón de Cristo bajo la forma de consagración y reparación.

El cristiano se consagra a Dios y a su servicio por el bautismo y la confirmación. Por la *consagración a su Corazón* va haciendo realidad, día tras día, la entrega a Cristo, y da testimonio al mundo del amor que nos tiene.

La *reparación* está plenamente enlazada con el Misterio Pascual. Es una participación amorosa de la vida y padecimientos del Señor. Aceptación de las manifestaciones y consecuencias del pecado en el mundo, del dolor, de la muerte. Nuestra vida se conforma a la de Cristo crucificado, para participar en su Pasión y asociarnos a su Resurrección. La reparación tiene una dimensión fraterna y apostólica. El fariseo condena el pecado del otro; el cristiano lo toma sobre sí.

La consagración y reparación han sido realizadas a lo largo de la historia en diversas prácticas. Quizás en este aspecto es dónde se ha de obrar con más valentía. No hemos de «rasgarnos las vestiduras» porque algunas de las formas que hemos considerado como «tradicionales» evolucionen o desaparezcan.

Un estudio histórico nos enriquece, insistiendo quizás en ciertos aspectos que hemos descuidado, pero en ningún momento nos invita a una detención de nuestras posturas, sino a una revisión y evolución de las mismas.

La concretización de esta respuesta, que suscita en nosotros el amor de Dios Encarnado, puede y debe ser variada. No se trata, pues, de encontrar un modelo concreto por el que han de pasar todos, sino de llevar a la vida personal de cada uno la realidad del amor de Dios. De este modo, podemos afirmar que, aún prescindiendo de su conveniencia o no, no es motivo sufi-

ciente para considerarse «devoto» del Corazón de Cristo el hecho de ser partidario de ciertas imágenes tradicionales del Sagrado Corazón, de algunas fórmulas concretas de consagración y reparación e incluso de la misma práctica de los primeros viernes.

Quizás el principal fallo que hemos tenido en la presentación de este culto ha sido considerarlo más como un conjunto de «prácticas de respuesta» que como una forma de sintetizar todo el mensaje y la vida cristiana bajo el signo del Corazón de Cristo.

UN CULTO PARA EL HOMBRE DE HOY

Este culto, presentado de este modo, tiene un valor catequístico que no podemos olvidar. Posee un marcado cariz cristocéntrico; sintetiza sencillamente el cristianismo yendo al punto central; nos ofrece una presentación psicológica muy acorde con la orientación del hombre de hoy, para quien el amor resulta atrayente, pues quizás aún forma parte de su mundo desconocido.

El joven de nuestro siglo está «enfermo del corazón»; necesita amar y ser amado. Busca un sentido a la vida y en el fondo de su mundo de colores, de música e ilusión hay un profundo deseo de encontrar una orientación definitiva. Enemigo de las cosas complicadas, no rehuye, sin embargo, lo difícil, si le es presentado con sencillez. Una visión del corazón cercano de Dios en Cristo, entra directamente en su afectividad.

Hemos de afirmar que este culto ha sido incluso un móvil de discordia dentro de nuestro catolicismo. Mientras que unos consideran como «pasados de moda» a quienes aún son partidarios de esta devoción, otros se sienten obligados a «salvar del error» a quienes sienten recelos por este culto, y quieren a toda costa ganarlos para «la causa del Sagrado Corazón».

No puede ser nunca esta nuestra postura. El auténtico planteamiento supone una presentación humilde y sincera, pero nunca una imposición. Se trata de mostrar que este culto puede ser de un gran valor para vivir nuestro cristianismo; que posee una gran eficacia pastoral; que ha sido recomendado por la Iglesia como muy acorde con nuestro tiempo, medio de llevar a cabo la renovación pedida por el Concilio.

No se trata de «volver la espalda» a quien encuentra una síntesis más oportuna para seguir con autenticidad a Cristo. Todos buscamos su rostro; por diferentes caminos marchamos hacia El.